

## JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO EN LA VIDA Y LA RIMA V DE BECQUER

El olvidado literato mencionado en mi título fue colaborador de Bécquer en el tomo primero y único de la *Historia de los templos de España* (Madrid, Nieto y Compañía, 1857); fue redactor de *El Fisgón*; publicó, al menos, cinco obras teatrales y siete novelas por entregas, y además de algún otro libro al que tendré ocasión de referirme, dio a la estampa un pequeño volumen de versos titulado *Risas y lágrimas. Colección de seguidillas* (Madrid, Librería de D. M. Escribano, Editor, 1865, 127 págs.); de cuya existencia sólo toma nota José María de Cossío en las listas bibliográficas al final de su ingente estudio sobre la poesía española de la segunda mitad del ochocientos<sup>1</sup>, pues no lo describe, extracta ni estudia en su texto. (Veremos que también conocía este libro de poemas Rica Brown, sin duda mejor que Cossío, pero tampoco lo estudia.) Frente a la portada de *Risas y lágrimas*, del que tuve la suerte de adquirir un ejemplar en la siempre simpática Librería del Prado, poco antes que ésta desapareciera, se halla impreso un anuncio de una nueva edición de *La soledad*, de Augusto Ferrán, y el tomito del que voy a ocuparme aquí es, igual que el de este último poeta, uno de los numerosos libros de poesía «prebecqueriana» y «becqueriana» que todavía no se han estudiado completa y sistemáticamente. (Resulta sugestiva la misma frecuencia de títulos semejantes al de Vizcaíno, que saltan a la vista cuando se investiga la poesía hispánica del tercer cuarto del siglo XIX: Francisco José Orellana: *Lágrimas del corazón*, Barcelona, 1848; Silveria Espinosa de Rendón: *Lágrimas y recuerdos*, Bogotá, 1850; Enriqueta Lozano de Vilches: *Perlas y lágrimas*, Granada, 186?; Sofía Estévez y Valdés: *Lágrimas y sonrisas*, La Habana, 1875, etc.)

Empero, *Risas y lágrimas* no sólo arroja más luz sobre la gestación de alguna de las *Rimas* becquerianas, sino que también ayuda a iluminar la relación personal entre Bécquer y Vizcaíno, así como la personalidad y la preparación profesional de éste. Hablaré primero de este aspecto biográfico. Sobre el oscuro escritor oriundo de Valencia de Don Juan no

<sup>1</sup> JOSÉ MARÍA DE COSSÍO: *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, págs. 1379, 1408.

conozco más estudios que el de Rogers<sup>2</sup>, quien no conocía *Risas y lágrimas*. Rogers presenta a Vizcaíno como impostor y estafador y, por tanto, como colaborador de la *Historia de los templos de España* sólo en el nombre. Recordando que la intención de Bécquer era reclutar la colaboración de literatos, arqueólogos, dibujantes y grabadores de verdadero mérito para la *Historia de los templos de España*, Rogers pretende que «Juan de la Puerta Vizcaíno no era ninguna de estas cosas»<sup>3</sup>, esto es, concretamente, que no era arqueólogo o que no lo era de mérito. Rica Brown abraza un punto de vista semejante al sugerir que el modelo de la ridícula figura del arqueólogo don Restituto que aparece en el artículo satírico «Un tesoro», de Gustavo, pudo ser Puerta Vizcaíno<sup>4</sup>, pero yo no encuentro motivo alguno de conectar tal caricatura más particularmente con el colaborador de la *Historia de los templos de España*, que con cualquier otro contemporáneo que se interesara por la arqueología.

Rogers concede, eso sí, que a Puerta Vizcaíno se le «atribuían» numerosas obras de diversas clases, «desde las ligeras improvisaciones poéticas, comedias y vastas novelas, hasta estudios arqueológicos y una historia de los judíos en Mallorca»<sup>5</sup>. Mas luego se le presentan nuevas dudas sobre la autoría de los escritos de Vizcaíno, y juzga que «muchas de las obras que se le atribuían pudieron muy bien ser escritas por otros; y probablemente lo fueron»<sup>6</sup>, basándose para tal aserto por lo visto únicamente en cierto rumor repetido por Julio Nombela: sobre Vizcaíno había corrido la voz de que «dos novelas suyas de grandes dimensiones» en realidad «estaban escritas por [Pedro] Escamilla»<sup>7</sup>. ¿Muchas o dos de sus obras fueron escritas por otros? Evidentemente, este rumor, aun cuando fuera cierto, no bastaba para negarle a Vizcaíno la autoría de sus otras novelas, ni de sus piezas teatrales, ni mucho menos de otras obras que es curioso no mencione Rogers por sus títulos, en vista de la naturaleza de esa *Historia de los templos de España*, en que, como ya veremos, parece ahora que el novelista adocenado pudo colaborar con Bécquer más que en el nombre, ya como codirector, ya como codirector y autor.

Me refiero no sólo al ya aludido estudio histórico de Vizcaíno: *La sinagoga balear o Historia de los judíos de Mallorca* (Valencia, Imprenta de la Regeneración Tipográfica, 1857; reedición facsímil, Palma de

<sup>2</sup> PAUL PATRICK ROGERS: «New Facts on Bécquer's *Historia de los templos de España*, en *Hispanic Review*, tomo VII, 1940, págs. 311-320.

<sup>3</sup> ROGERS, págs. 311-312.

<sup>4</sup> RICA BROWN: *Bécquer*, Barcelona, Editorial Aedos, 1963, pág. 287.

<sup>5</sup> ROGERS, pág. 314, nota 15.

<sup>6</sup> ROGERS, pág. 319. El subrayado es mío.

<sup>7</sup> JULIO NOMBELA: *Impresiones y recuerdos*, Madrid, La Última Moda, 1909-1911, tomo III, página 332. De nuevo el subrayado es mío.

Mallorca, Editorial Cluba, 1951), obra no enteramente desemejante de la que escribió o editó de consuno con Bécquer—incluso posible punto de partida para la colaboración puesta en duda por Rogers—y que se publicó en el mismo año que la *Historia de los templos de España*, sino también a otra obra exclusivamente arqueológica del olvidado novelista leonés: *Glorias arquitectónicas de España. El Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial* (Pozuelo de Alarcón, Establecimiento Meográfico, 1876). Existen ejemplares de ambos libros en las bibliotecas de España y del Nuevo Mundo, y cualquiera puede evaluar la erudición representada por su contenido<sup>8</sup>.

Sin embargo, mucho más notable para nuestra tesis es el hecho de que ya pocos años después de la colaboración con Bécquer, la pericia de Vizcaíno como arqueólogo iba a reconocerse en los más encumbrados medios de la sociedad española—indispensable dato cuya novedad quisiera subrayar—, pues tanto en la cubierta como en la portada de *Risas y lágrimas*, el nombre de su autor aparece seguido de una distinción seguramente muy envidiada entre los profesores de arqueología en ese momento: «Por Juan de la Puerta Vizcaíno, de la Real Academia Española de Arqueología y Geografía del Príncipe don Alfonso y secretario de las secciones de Ética y Literatura de la misma». (Se trata de una corporación de vida corta, fundada en el mismo Palacio Real, y de la que apenas quedan más que unas cuantas menciones en los archivos del Museo Arqueológico Nacional.)

A la vista del otro cometido temático de la Academia, de la que era individuo Vizcaíno, resulta iluminativo que él también sea autor de un *Atlas geográfico español*, del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional con la signatura SG/4228. Y es interesante también otro título en el que aparecía el nombre del antiguo protector de la ya desaparecida Academia: *Carta a S. A. R. don Alfonso XII. Por don Juan de la Puerta Vizcaíno. Leída con extraordinario aplauso en el Círculo Alfonsista de esta Corte, en la noche del 23 de enero de 1873* (Madrid, Imprenta de Rivadeneyra, 1873). Pesando todos estos pormenores, resulta ya algo más difícil concluir con Rogers que hay «poco lugar para creer que Puerta Vizcaíno tuviera cualquier parte en absoluto en la autoría de la *Historia [de los templos de España]*»<sup>9</sup>. No sólo parece Vizcaíno haber poseído los conocimientos profesionales necesarios para tal colaboración, sino que era autor exclusivo de otros libros de temas semejantes, y su capacidad científica era públicamente reconocida.

<sup>8</sup> Por cierto sorprende que en su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX* (Madrid, Cátedra, 1979), Juan Ignacio Ferreras registre como «obra novelesca» *La sinagoga balear*, de VIZCAÍNO (artículo núm. 1.637, pág. 329).

<sup>9</sup> ROGERS, pág. 313.

Es más concreto otro cargo que se le hace a Vizcaíno, primero en las memorias de Nombela y después en el artículo de Rogers y en biografías de Bécquer, como las de José Pedro Díaz y Rica Brown; y a primera vista parece que este nuevo cargo podría haber representado un obstáculo aún más insuperable para las buenas relaciones personales entre Bécquer y su colaborador, así como para la misma colaboración en la *Historia de los templos de España*. Para este episodio seguimos la versión de Nombela<sup>10</sup>, no completamente fiel quizá, pero es la única de un testigo de la época. Algún tiempo antes de la publicación de la *Historia de los templos de España*, Bécquer, Nombela y García Luna habían adaptado la novela *Notre-Dame de París*, de Víctor Hugo, al teatro bajo el título *Esmeralda*. Vizcaíno, a quien Bécquer había conocido en cierta casa de huéspedes y que en ese momento hacía de corredor de manuscritos literarios, estafó al mismo tiempo—según Nombela—a los tres escritores principiantes y a dos editores noveles, asegurando a cada parte que sin su influencia la otra nunca accedería a firmar un contrato para la venta de la obra.

Firmóse, en efecto, y según sus términos, recordados por Nombela, los jóvenes editores pagaron a Bécquer y sus amigos cuatro mil reales (de los cuales, fuera de escrito, Vizcaíno descontó dos mil como comisión suya), y obligáronse los autores a restituir a los editores de sus propios bolsillos la suma entera de cuatro mil reales en caso de que la Censura de Teatros prohibiera la representación de *Esmeralda*, cosa que de hecho sucedió—cuenta Nombela—después que otro editor, don Alonso Gullón, había adquirido la propiedad de la obra. Con este motivo se habló de pedir a Vizcaíno una declaración escrita en que prometiera restituir sus dos mil reales; pero Nombela cargó con toda la obligación, así como con el interés que cobró el nuevo dueño del manuscrito. Puesto que todo esto ocurrió sólo un año antes de la salida de la *Historia de los templos de España*, Rogers concluye que «o Bécquer no renunció a su asociación con Puerta Vizcaíno a causa del episodio de *Esmeralda*, o la publicación de la obra estaba tan adelantada, que la aparición del nombre de éste en la portada era inevitable»<sup>11</sup>.

Ya fuera la verdad más objetiva o ya una impresión, en parte, personal lo contado por Nombela sobre el drama *Esmeralda*, se entiende que el pagador único de la deuda y los intereses jamás se reconciliara con Vizcaíno. Mas el caso de Bécquer era totalmente diferente: aun cuando no tuviéramos otros datos con que aclarar las relaciones posteriores entre Vizcaíno y el autor de las *Rimas*, el carácter de éste nos llevaría a concluir que era más acertada la primera de las dos interpre-

<sup>10</sup> NOMBELA, tomo III, págs. 327-332.

<sup>11</sup> ROGERS, pág. 316.

taciones sugeridas por Rogers y citadas en el párrafo precedente, esto es, que debieron de hacerse pronto las paces entre el poeta sevillano y su colaborador leonés, sin duda a raíz de la desventajosa venta de *Esmeralda*, porque Gustavo no se preocupaba en absoluto por lo material y práctico—según reitera Nombela una y otra vez en tono ligeramente reprensivo—y vivía perpetuamente en «aquella casi nirvana..., aquella grandiosa, admirable y estoy por llamar santa pasividad»<sup>12</sup>.

Pero gracias a otro importante detalle contenido en *Risas y lágrimas*, se nos hace posible afirmar, sin lugar a dudas, que Bécquer y Puerta Vizcaíno no sólo no renunciaron a su asociación literaria, sino que siguieron unidos por la más entrañable amistad, pues el poema «El aire», del que ya trataré, lleva en 1865 la siguiente dedicatoria: «A mi querido amigo Gustavo Adolfo Bécquer» (*Risas y lágrimas*, pág. 49). El próximo año, en *El Museo Universal* (año X, 28 enero 1866, página 31), Gustavo publicaría por vez primera su Rima V, influida por «El aire», de Vizcaíno, y esto último indica que los cordiales sentimientos del antiguo colaborador de Bécquer serían plenamente correspondidos por éste. Rica Brown cita la dedicatoria de «El aire», pero no la relaciona con la continuación de relaciones cordiales entre Bécquer y Vizcaíno, sino que, al contrario, supone que se trata de un «gesto único» de un hombre, por otra parte, poco respetado y aun ridiculizado por Gustavo en «Un tesoro»<sup>13</sup>. Mas este artículo se imprimió originalmente en *El Museo Universal* para 1866 y en ese momento, lejos de reírse de su antiguo codirector, el autor de las *Rimas* se dejaba inspirar por él, como ya sabemos y seguiremos viendo cada vez con más claridad.

Es más: la cordialidad de las ininterrumpidas relaciones de Bécquer y Puerta Vizcaíno se corrobora por un delicioso pasaje de las encantadoras memorias de Julia Bécquer; documento que Rogers y alguno de los biógrafos de Bécquer no han conocido, y ninguno de éstos ha comprendido el sentido de las líneas que vamos a examinar ahora. La hija de Valeriano recuerda la alegría que le producían las frecuentes visitas de Puerta Vizcaíno a la casa madrileña que compartían su padre, su tío Gustavo y los hijos de ambos hacia 1867, por lo que parece. La imagen de Vizcaíno que destaca aquí, más bien que la de un embustero, es la de un hombre muy semejante a ese Gustavo que era tan dado a los regocijados juegos de los niños y los animales, se preocupaba poquísimo por el *pane lucrando* y el medro profesional o social y se extasiaba ante toda suerte de tradiciones fantásticas. «A esta casa de la calle de Atocha—escribe Julia Bécquer—recuerdo que solía acudir a menudo el poeta Puerta Vizcaíno, gran bohemio de aquel tiempo, el que, aunque

<sup>12</sup> NOMBELA, tomo II, pág. 390.

<sup>13</sup> BROWN, pág. 287.